

---

O lo que es lo mismo, de *edad incierta*; que es, precisamente, lo que se quiere dar á entender cuando se habla de la certidumbre de la edad.

Porque, eso sí, cuando una persona llega á contar ocho lustros, ya no sabe los años que tiene; y necesita echar mano de algún acontecimiento célebre de familia, como la fecha en que contrajo matrimonio ó la del nacimiento de su primer hijo, para caer en la cuenta.

—Diga usted,—preguntaban á una señora con vistas de hilo, é interiores de algodón—aunque sea mala pregunta, ¿cuantos años tiene usted?

—Si que es algo indiscretilla; pero en fin, veo que se halla usted en *cierto estado*, y por si es antojo, que hartos tuve yó en mis buenos tiempos, daré á usted gusto.

—Vamos á ver, doña Canuta.

—Primero tengo que echar la cuenta.

El año cincuenta y siete paseé yo con una dama de la Reina Isabel por la casa de Campo; después

---

tuve viruelas; el cincuenta y nueve me nació mi Hermenegildito, el sesenta y..... ¡Bueno! ya sé los años que tengo: cuarenta y tres.

—Me parece que ya los ha cumplido usted.

—Pchist, año más año ménos.....

En fin, que las edades, cuanto más altas son, se cotizan más bajas.

Como si dijéramos: que los años andan por los suelos hoy día.

¡Condición humana!

Y, á lo que íbamos

Líbrense ustedes, los que no lleguen á treinta, de encontrarse en una reunión compuesta de caballeros de la dicha cierta edad.

O de señoras de la misma clase; y éstas ocultan sus pensamientos con más dificultad al ojo observador.

Líbrense, repito, de tal aprieto.

Y prefieran mil veces que le salten un ojo á la portera de su casa, ó que le duelan las muelas al vecino, antes de verse en situación semejante.

---

Porque es doloroso éso de oír á todas horas:

—¡Qué juventud tan relajada!

—¡Qué costumbres!

—Qué vida tan descompuesta la de los jóvenes de ahora!

—¡Cuántos vicios, que no conocíamos nosotros, se han apoderado de la sociedad actual!

—Así están hoy los jóvenes; pregonando á voz en grito, con su débil constitución, la vida azarosa que llevan.

Los sermones se componen de un sinnúmero de palabras; pero todos vienen á significar lo propio.

Y no atacan únicamente á la juventud, ó á una determinada clase de la sociedad.

Se dirigen á ésta en toda su extensión, y muy principalmente á la sociedad madrileña.

—Madrid es un centro de corrupción.

—Madrid está en decadencia.

—El Madrid de hoy no es el Madrid de hace cuarenta años.

---

Así lo asegura la viuda de un sargento primero que se batió valerosamente en 1808, contra un francés que pretendía entrar á saco en su tienda de comestibles. Porque, además de ser sargento, tenía tienda de comestibles y se dedicaba también á la cria de conejos caseros.

Pues la buena señora, que aún continúa en el ramo de comestibles, piensa y testifica que ésto ha cambiado mucho.

Y así lo hace saber á todo el que entra en su tienda.

Porque tiene siempre los antiguos tiempos en la boca.

Es decir; no tiene en la boca los antiguos tiempos, porque el 3 de Enero del 74 se le cayó el último diente que le quedaba, con ocasión de querer mascar media libra de jabón de palo para tirársela á uno de los del gorro frigio.

✓ Pero ésto no obsta—que dice ella desde que oyó hablar á Balaguer un dia que estuvo en Ultramar, (el ministerio, por supuesto), para ofrecerle garbanzos

de Fuentesauco,—ésto no obsta, repito, para que la dicha dueña del comercio, sin necesidad de dientes ni muelas, y sin pronunciar con desahogo la *ese*, salga, siempre que tiene ocasión, á la defensa de los tiempos antiguos, ó de los buenos tiempos, como ella dice.

Y que tiene que oír la señora, cuando se pone á *echar* discursos en pró de la antigüedad, al paso que despacha media libra de fideos de *La Estrella* ó diez céntimos de castañas pilongas.

—Buenos días, *señá* Sinfioriana;—dice, entrando en la tienda, una parroquiana de buen ver;—déme usted dos cuartos de pimienta picante.

—¿Pero en tu casa comeis éso? Así estáis todas, empezando por la señorita, que tiene cara de merluza atrasada,

—No, señora; no es para comerlo. Lo que hacemos es untar con ello al gato.

—¡Animalito! ¡Lo que hacen hoy algunas personas! Mejor sería que untasen á tu ama,

—Pero, señora; si éso del pimiento es una receta para que sea limpio.

—¡Jesús, María y José! las recetas que se inventan hoy en día!

—Usté dirá.

—Pues, hija; con *jarabe de palo* curé yo á mi Garibaldi.

—¿Garibaldi es un torero de que habla mucho mi señorito?

—No, hija; Garibaldi es un gato que yo tengo, sobrino carnal de Morroño, otro gato que me trajo de Albacete una tenienta de mi regimiento.

—Pero ¿en qué regimiento ha servido usté?

—El que sirvió fué mi marido; pero hija, la costumbre.... ¡Ay qué tiempos! Desde que se me fué á Torreldones, á por una partida de naranjas murcianas, donde se me murió de resultas de atravesársele un tito de melocotón en la garganta, no he vuelto á levantar cabeza.

Vamos, *señá* Sinforiana, que ya tendrá usté algún consuelo.

---

—Sí, hija; al fin y al cabo, la vida hay que irla pasando á tragos;—y al decir ésto, se echaba un polvo de rapé.

—Pues éso no es pasar la vida á tragos; es pasarla á polvos.

—¡Ay! Cuando me acuerdo de los buenos tiempos, se me hace la boca agua.

—Pues mire usté; si á buenos vamos, no la cambio éstos por aquéllos.

—¿Y tú qué sabes, hija? Me acuerdo todavía del año 32. Aquéllo daba gloria. Yo he sido prima carnal de la que crió á Cánovas, que era por entonces como un borrego de grande. ¡Cuántos besos le dí á aquel muchacho! Todavía no tenía la costumbre de torcer la vista. Más tarde fué cuando empezó á mirar contra el gobierno. ¡Qué revoltoso era! ¡Y qué comilón! Me acuerdo de una tarde, que se comió los cordones de la bata de su papá, creyendo que eran racimos de moscateles. ¡Ay! hija, tú no alcanzaste aquellos buenos tiempos.

---

—Ni ganas; créame ustedé.

—¡Lo que han cambiado....., En fin, que hasta muchas personas de aquella época tienen la cara, ¡que no se las conoce!

—

Ríanse ustedes de cuentos.

Eso de que está pervertida la sociedad es una habladuría.

La sociedad fué la misma siempre.

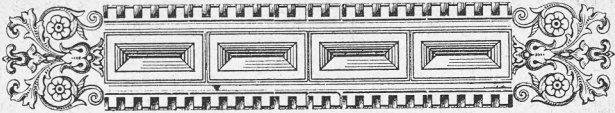
Siempre hubo vicios y siempre hubo crímenes.

Y ahí tienen ustedes la historia, que nos cuenta que Caín mató á su hermano Abel por un quítame allá esas pajas!









*La Viuda é Hijas de Lagarejo*

RECIBEN ESTA NOCHE EN SU CASA

Gato 14, 3.º izqda.



ARA pasar agradablemente esas interminables horas de las frías noches del invierno, no hay como asistir á las *soirées* con que las 'de Fulano obsequian á sus amigos, ó á los *jueves* de las de Mengano.

A medida que el frío vá apoderándose de los que padecen de reumatismo, se ván inaugurando las reuniones familiares.

---

Y en cuanto ésto ocurre, los revisteros de salones tienen ya noticia de que se quedan en casa todos los lúnes las de Pérez, los miércoles las de López, y los viérnes las de Martínez; y saben además que las de Junquillo reciben todos los sábados.

Una de las familias que más se dán á este pasatiempo inocente, es la formada por la viuda é hijas de Don Sinfiriano Lagarejo, que santa gloria haya; persona muy respetable que murió de teniente graduado en un regimiento de Cazadores de Infantería, á cuyo servicio entró en la quinta del cuarenta y siete.

Esta apreciable familia inaugura todos los años sus reuniones el día primero de Octubre, con lo cual ya tienen donde pasar la noche los amigos íntimos y vecinos de la casa.

En la tertulia de las de Lagarejo, y en virtud de la confianza que en la misma reina, se pasa el tiempo *que dá gloria*, según lo aseguran todos los tertulianos.

Generalmente se *juega á juegos* de prendas, que es lo más socorrido.

A las veces *bailan* algunos *bailes*, por ser lo que más agrada al elemento jóven.

Y al compás de un *sentido* acordeón, son siempre más dulces las amorosas frases que se dedican las parejas amarteladas.

—¿No me olvidarás nunca, Robustiana?— pregunta un jóven conmovido.

—Jamás, Anacleto.

—Me quieres mucho, ¿verdad?

—Muchísimo; ¿y tú á mí?

—Mucho más. Mira, aquí te he traído un cuarterón de higos, porque sé que te mueres por ellos.

—Tráelos. ¡Qué bueno eres!

—Toma; si te vé alguna compañera guardar el papel, no digas que son higos, porque te van á dejar sin ellos; dices que es mi retrato.

—Vamos, niñas, basta de bailes;—exclama la respetable mamá de las niñas de Lagarejo, que apenas se acuerda de lo que fué;—nos estais levantando dolor de cabeza, y además se está balanceando el piso,

---

y temo que nos vais á hacer bajar hasta el segundo de un golpe.

—Bueno, nos sentaremos; —exclama un tanto contrariada una jóven retozona á quien agrada más el baile que la camilla; —pero que nos cuente Telesforo algun chascarrillo.

—Vaya, Telesforo; cuente usted algo para entretener á las niñas; pero, ¡cuidado!, que no sea muy subido de color; porque usted se suele *correr* demasiado.

—Espero que me han de perdonar por esta noche, —contesta el interpelado, con acento triste y melancólico, —pero créanme ustedes que no estoy para chascarrillos.

—¡Ay! ¿Qué te pasa, Telesforito? —pregunta la dueña de la casa, que es tía segunda del jóven, por parte de padre.

—No, no se alarmen ustedes; la cosa es para sentirse; pero no es que se me haya muerto nadie, gracias á Diós.

—Cuenta, hombre; que nos tienes con el alma en un hilo.

—Pues, nada; que el principal me ha bajado á diez reales el sueldo de tres pesetas que me daba desde que se murió Nuestro Señor el año pasado.

—¡Habrás visto desconsideración; después de trece años! ¿Y tú que le has dicho?

—Pues ya vé usted; ¡que habia de decirle! que muchas gracias.

—¡Muy bien dicho! Y te habrás ido enseguida; ¿verdad?

—No, señora; ¡qué me he de ir! le dí las gracias porque no me despidió; á los demás compañeros les echó de casa, porque dijo que le sobraba gente.

—Sí, sí que le sobraría gente..... ¡Lo que les sobra á algunos hombres es lo que á muchas nos falta!... desvergüenzas!

—¡Vaya! no vengán ustedes ahora llorando lástimas, porque no vuelvo otra noche,—dice la niña retozona; —á ver si enseguida nos ponemos á apurar una letra.

—¡Apurarla, apurarla!,—repiten ocho ó diez voces á coro.

—La C. Ahí vá el pañuelo, doña Aniceta; á usted le toca.

—¿A mí? voy enseguida; aguárdate un poco, que se me ha saltado este punto de la calceta. ¡Este demontre de gato no hace más que jugar con las *abujas* y el hilo, y todo me lo deshace! ¿Qué letra dices? ¿la C? Ce.... ce.... ¡*cenoria!*

—¡Prenda, prenda!—gritan todos,—que no se dice así; ¡se dice *acenoria!*

—Vaya; pues ahí vá la prenda; el *moquero*. ¡El demonio del gato! ¿Dónde se habrá ido ahora con el ovillo?

—C; Nicanor; que usted se entretiene demasiado con la Dámasa.

—¿C? ¡*Ceviya!*

—Pero, hijo; ¡si *Ceviya* se escribe con S!

—Es que yó no estoy escribiendo ahora; y lo pronuncio como me dá la gana.

— Ya; lo que está usted haciendo es charlar bién á su gusto, sin hacer caso del juego; pero pague usted prenda.

— Ce, ce, ce; Julio; ahí vá el pañuelo.

— ¡Conchos! — exclama una rubia de ojos azules.

— Si no es á tí, mujer; es á tu compañero al que le toca.

— A la que han tocado es á mí, que me han pegado un pellizco, y por éso hacía la exclamación. Mire usted, Rafael; haga usted el favor de sacar las manos de la camilla, porque me parece que es usted el que me está pellizcando, y anoche me fuí á la cama con tres cardenales.

— ¡Jesús, María y José! ¡Con tres cardenales! — exclama asustada una señora, mirando á la niña por encima de los anteojos.

— Sí, señora.

— ¡Pero, hija, por Dios! ¡Con tres cardenales!.....

— Lo que ustedes oyen; con tres cardenales; efectos de otros tantos pellizcos que debió de pegarme Rafael.....



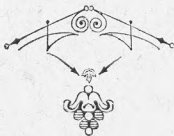
---

Al llegar á este punto, la mamá de la niña, que no quiere que siga la conversación por aquella pendiente, se levanta, coge su labor y exclama en tono de autoridad familiar:

—Señores; son las diez y media de la noche, y ya sabrán ustedes aquello de «A las diez en la cama estés»; conque si á ustedes les parece.....

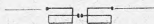
Todos los contertulios asienten, aunque los jóvenes no lo hacen de buen grado; se cruzan las despedidas de costumbre, y

«Cada mochuelo á su olivo.»





## Las quintas.



Ya se vn los quintos, madre:  
sabe Dis si volverán.

.....



ESTE es el mayor disgusto que se puede dar  una madre cariñosa.

Por éso, cuando llega la hora de pagar la deuda de sangre, las madres preferirían ver antes desgraciado, cojo, por ejemplo,  su hijo, que léjos de su lado.

Y por éso, al despedirse los quintos en el pueblo, producen un sentimiento hndo  sus respectivos padres, madres, demás parientes y amigos.

Las despedidas son tiernas, como las pechugas de los palominos caseros.

Adiós, hijo de mis entrañas, — dice la madre, pensando que es aquélla la última vez que abraza á su vástago.

Ellos sueltan también su lagrimilla, y se apacigua todo, en vista de que se ha encargado de llevar el suficiente valor á los ánimos entristecidos el amigo de más intimidad en el pueblo; otras veces lo hace el médico, y algunas el padre común de todos aquellos sencillos habitantes, ó sea, el señor cura.

Las más sensibles despedidas, son indudablemente las amorosas.

Protestas de cariño por aquí, y eterno recuerdo por allá.

Esto es igual siempre.

—Adiós, *galán*; — dice, con los ojos húmedos, la presunta imágen de la Soledad.

—Adiós, *parrala*; — contesta el mancebo, enjugándole los carrillos con la manga de la chaqueta.

---

—¡Cuándo *golveremos* á vernos!

—Anda, tonta, ¿y por éso estás llorando? No tengas pena, amante, que yó *golveré* de capitán *pa* que tú seas capitana.

—¿Y si antes te rompen algo?

— Cállate, maja; ahí tienes al hijo del tío Lesmes, tan Lesmes como su padre, que era más bruto que yó, y *golvió* creo que de cabo segundo.

La conversación continúa durante largo tiempo, y concluye por creer ambos firmemente que á la vuelta de cuatro años serán, ella capitana y él capitán, y dentro de veinticuatro tendrán hijos mozos, á los que comprarán soldado para evitarles el mal rato de esta despedida.

—

En efecto, los mozos salen de su pueblo cabizbajos y tristes, y tristes y cabizbajos continúan hasta llegar al término de su camino.

Y, una vez en la Côte, si te he visto no me acuerdo.

Aquí ya se empieza la *juerga* por unirse á un numeroso grupo, para hacerle más numeroso aún, de mozos de la misma quinta.

Después, en unión, se entra en una taberna y se toman unas *medias mezcladas*.

Y el mozo 47 paga otra ronda, y ya no se sale de la taberna sin tomar otra que paga el mozo 74.

Y entre vasos y copas se vá matando el tiempo á tragos.

Por algo dicen que hay que pasar á tragos esta vida.

Ello es que con una de *petróleo* que pagó Fulano y otra *lamparilla* de Mengano, se sale de la taberna en disposición de correr una juerga pacífica.

Y se corre, ¿pués no se ha de correr?

Buenos son ellos para éso de las juergas.

No encuentran valla que les sujeté, ni se rinden á obstáculo alguno.

---

Provistos cada cual de una piña para hacer *el duo*, y colocado en el medio el *cantaor*, que suele ser el hijo del sacristán, porque está muy acostumbrado á cantar en el coro, ó cualquier otro mozo que des-punta, se disponen á recorrer todas las calles de la población, para hacer saber á los vecinos, que aquéllos son los quintos de este año.

Y venga *cante*:

Cuatro *semos*, tres *venemos*,  
y aquí no viene tu amante,  
que se ha *quedao* dormido  
al pié del carro *trunfante*.

Y golpe á las piñas.

Hé ahí la sencilla distracción de los mozos, antes y después del sorteo.

—

En el sorteo ya es otra cosa.

—¡A ver! ¿Qué número ha dicho?

—Pero, ¡recuajo!, si á ese tío no le oye el cuello de la camisa,

—¿Cuál ha dicho ahora? ¿el 237?

—Te aseguro que es el 121.

—Pero hombre; si concluía en 7.

—Y quién le dice á usted? Yo hablo del número que le tocó á mi chico.

—¡Hombre, Rodriguez! Rodriguez ha dicho, ¿verdá?

—Justo; Rodriguez.

—¡Ah! ¿Pero ha dicho Justo Rodriguez? Entonces no es el que yó digo.

—Hombre, no; no ha dicho Justo; eso lo digo yó.

—¿Y usted que sabe?

—Nó, hombre, nó; si digo que justo, que sí, que Rodriguez.

—¡Demonio de hombre! ¡Valiente lío me está usted armando con tanto justo y tanta justicia.

—Más claro; el señor ha dicho: Don *Nosecuántos* Rodriguez.

—Sí, hombre; Rodriguez..... Rodriguez.....  
¿Pues no le he de conocer, si esde *arrimao* á mi pueblo?

— ¡Maldito de cocer! ¡Si te querrás callar!

—¡Otra! ¿Qué; estamos en la Iglesia?

—¡El 615!

—¡Ése!

—¡Qué! ¿te tocó á tí el 615?

—¡Ojalá me tocára! Calla, hombre; si es el número que llevo á la lotería de Navidad.

—¿Quién ha sido este último que ha dicho? ¿Gutierrez?

—Gutierrez, sí.

—¡Toma! Pues á ese también le conozco mucho. Pues si también es de hácia mi pueblo.

—Calla; que me parece que ha dicho el nombre del chico del tío Lesmes.

—Sí, Ginesillo es.

—A ver qué número dice.

—Ahora le vá á vocear. El.....

—Quítate de ahí, ¡ceborro!; que ya me has *pisao* diez y siete veces.

—Pues váyase usted á la calle, ó métase usted en un fanal, *pa* que no le toquen ni las moscas.



— ¡Otra qué Dios! Ya se me pasó el número de Ginesillo, por este patas de ganso.

— Vaya usted al Limbo, ¡so merluzo!

— ¡Que se callen éstos!—exclaman los de atrás; —que no oimos al tío que canta los nombres.

— ¿Qué número ha dicho? ¿El 501?

— No señor, el 27. ¿Qué? ¿Es usted sordo?

— ¿Que es muy gordo el número 501? ¡Ya lo creo! Me parece que es el de mi sobrino. ¿Cuál ha dicho ahora? ¿El 432? ¡Ese sí que es el de mi sobrino!

— No señor. (¡Caracoles! para qué vendrá aquí este tío?) Ha dicho el número 20 ¿Pero no oye usted nada?

— Sí, soy un poquito teniente.

— Teniente, ¿éh?, y algo más. Conque..... á la orden de usted, mi coronel; que aquí todos somos *soldaos* rasos. ¡Demonio, con el tío! Pues si me quedo con él, no oigo mi nombre hasta el verano.

— ¡Ése es mi nombre!

— ¿A ver qué número dice?

---

—Cállate; que le vá á cantar ahora mismo.

—¡Número 100!

— ¡Ea!; pues me voy á tomar un *píscolabis* á la salú del número.

—

Para los quintos, después de salir de su lugar, es muy buena época la del sorteo.

Pero es más aceptable la siguiente.

Claro es que en los primeros días andan con el uniforme como palominos aturcidos.

Pero todo es *un pronto*,— que ellos dicen.

Después se ván *biciendo* á todo.

En un principio no saben como arreglárselas, ni para limpiar las botas.

A los ocho dias, las ponen como charol.

A los quince, saben dónde viven todas las rollas guapas.

A las tres semanas atisban el lugar en que se vende buen vino.

---

Al mes, se olvidan completamente de su *parrala*.

Al mes y medio, la han sustituido.

A los dos meses, han sacado algunos céntimos para tabaco á todas las rollas que pasean en la Plazuela de Oriente.

Y al medio año..... ¡son andaluces!





## Capítulo de fugas.



UES señor; ésto de las fugas se vá generalizando mucho.

Y ya lo toma todo el mundo á beneficio de inventario.

Es natural.

A fuerza de tanto leer y oír hablar de fugas, se vá uno familiarizando con ellas.

Hoy cojen ustedes un periódico, y lo primero que

---

de él les salta á la vista, es un renglón escrito con grandes caractéres que dice:

### *OTRA FUGA.*

Y á continuación comienza el relato de una historia triste, de cuya lectura venimos á caer en la cuenta de que J. K., vecina del tercero derecha del número 56 de la calle tal, y prima de uno del ramo de ultramarinos, á quien conocemos por ser amigo de otro con quien emparentó cuando aquéllo de las segundas nupcias del tío H. ó X., ha abandonado la casa paterna, en compañía de un jóven de la Factoría de Utensilios, y otras varias alhajas y muebles,

En un principio nos causa gran sensación la noticia; pero á fuerza de oler el tatarrete de las *sales anti nerviosas* conseguimos apartar de nuestra imaginación tan sensible desgracia.

El número siguiente del mismo periódico nos vuelve á producir otra honda impresión con su tercera plana.

---

Que comienza con las palabras siguientes:

***LA FUGA DE ANOCHE.***

Y esta vez, no es una vecina del tercero la protagonista.

Pues á continuación se lee:

«La marquesa de la J. ha huido de Madrid, acompañada de un ayuda de cámara con patillas, abandonando á su esposo á los cuidados de una doncella.»

. . . . .

Se ha estendido tanto la costumbre de fugarse, que raya en vicio.

Esto es ya una exageración.

La epidemia de fugados está haciendo los extragos más horripilantes.

En vista de las proporciones que esta plaga vá tomando, los periódicos debían establecer en sus columnas una sección con el siguiente título:

***Estadística de fugas***

CORRESPONDIENTE AL DIA DE AYER.

Pocos jóvenes regularmente acomodados existen

---

hoy, que no se hayan fugado en diferentes ocasiones.

Los padres y parientes respectivos están ya curados de espanto.

—¿Y Matilde?—pregunta acongojada una madre que no vé á su fruto durante seis horas.

—Se habrá fugado;—contesta con tranquilidad el padre de aquel pimpollo.

—¡Cielos!

—Pero no te exasperes; porque irá bien cuidada.

—¡Cómo! ¿La acompaña Celedonio, su criado de confianza y secretario particular?

—No; vá con Ernesto, que es alférez de cazadores.

—¡Ah!—exclama la madre con júbilo, y descansa tranquilamente en brazos de su esposo.

Los jóvenes que se hallan en estado de merecer, dudan al hacer la elección de compañera vitalicia.

---

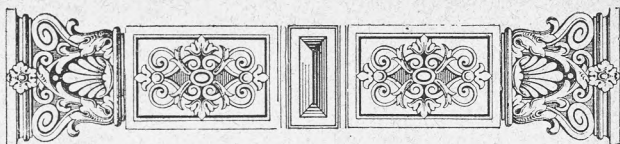
Y, antes de declarar su vehemente pasión al ídolo de sus pensamientos, preguntan con la mayor inocencia:

— Alma mía, ¿como cuántas veces se habrá fugado usted?

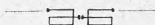








## Flamenquería.



o flamenco nos tiene sorbido el seso á todos los españoles.

En donde quiera que uno pone la mano, salta un flamenco.

En fin, que á porrillo se están *dando* los flamencos en la presente etapa.

A las melodiosas notas de *La Ceneréntola*, *Coradino*, etc., sucedieron los más sentimentales ¡ayes!

---

Sentimentales, sí; porque son *ayes* de malagueñas, y las malagueñas tienen muchísimo *del* sentimiento.

¡Qué gorgoritos y qué notas, las notas y los gorgoritos de la flamenquería!

Lo flamenco cautiva á todos los españoles.

Cuando una mujer *se pega* dos *jipios* con gracia, y *se dá* cuatro *pataitas* consalero, se acabó todo el arte de los Gayarres, de los Tamberliks y de los Sarasates.

Y se acabó la formalidad.

Y ¡viva tu mare!

Delante de unas cañas de manzanilla, y á la *vera* de una mujer que cante al són de una guitarra, ¿quién se acuerda de penas?

Hoy todos somos muy flamencos.

Tanto, que debiera establecerse una academia de flamenquería; porque, de otro modo, resultan muchos flamencos *á medio hacer*.

Y se establecerá; ¿qué duda cabe?; ya estamos en camino.

---

Esta academia debe incluirse en el presupuesto general de los gastos del Estado.

Con lo que sedará de comer á muchos vagos ambulantes; porque habrá profesores pagados por el Tesoro.

En la academia habrá también diferentes clases y departamentos.

El ingreso se hará por medio de un exámen que practicará el tribunal competente.

Este exámen se efectuará únicamente respecto á la indumentaria y otras minuciosidades.

El jóven, por ejemplo, que se presente ante el tribunal sin *chuletas*, no puede ser admitido, ni aún en clase de simple portero,

Porque, éso sí, desde el Director del Establecimiento hasta el último dependiente, han de ser flamencos todos.

La academia estará dividida en secciones, como las Audiencias.

Sección artística, puramente, y sección de lo criminal, ó sea, sala de armas,

---

La sección artística se compondrá de dos subsecciones: de música y de baile.

La primera se subdividirá á su vez en dos salas.

Sala de *cante* y sala de *toque*.

Y esta última tendrá aún dos subdivisiones más.

Una que se compondrá de los guitarristas, y la otra, sección únicamente de los que llevan el compás con las palmas.

Esta es la menor categoría, naturalmente, y de ella formarán parte los que tengan la cabeza más dura.

Los que la tengan tanto, que ni aún en esta última puedan ingresar ó continuar como alumnos, serán expulsados de la academia, y los dedicaremos á políticos; que ahí se puede hacer carrera impunemente.

El establecimiento central, que se hallará en Madrid, será visitado una vez á la semana por el Presidente del Consejo de Ministros.

Y del resultado de estas visitas se estenderán, ó

---

nó, credenciales de profesores con destino á las academias sucursales, establecidas en provincias.

El Presidente del Consejo de Ministros entrará en el establecimiento con *chuletas*, condición precisa é igual para todo bicho viviente, y gorra, ó cuando más, sombrero de ala ancha.

Nada de copa, no siendo de manzanilla ó peleón.

Dicho visitador habrá de tutearse recíprocamente con todos los alumnos de la academia; porque es sabido que los flamencos *le llaman á Dios de tú*.

Será suprimido también el «Buenos dias, señores»; porque éso es muy poco flamenco.

La fórmula puede ser, poco más ó ménos, la siguiente:

—A la pá é Díos, compares.

—Adiós chiquiyo,—ó,—adiós Práxedes,—según la conciencia de cada uno.

—¡Qué hay de novedá?

—Echaté primero unas gotas de petróleo; ¡mira qué aguardientel; se yeva la garganta pa el estómago.